

donde Isabel no podía dominar las constantes revueltas. Hasta el último año de la vida de la reina se sostuvo allí el caudillo de los insurrectos, el conde de Throne, educado en Inglaterra. Si España le hubiese apoyado más enérgicamente, apenas es dudoso que Irlanda se habría perdido para la dominación inglesa (1).

(1) Brosch, VI, 669; Juan B. Kelso, Los españoles en Irlanda (1588-1603), Leipzig, 1902 (Disertación).

VI. Conatos de reforma y restauración católica en el Imperio alemán, en los Países Bajos y Suiza

I

Gracias al cuidado pastoral de Gregorio XIII la Santa Sede al tiempo de la elevación de Sixto V, además de la nunciatura de la corte imperial, poseía también representaciones permanentes en Colonia y en Graz. El puesto más importante y honroso (1) seguía siendo como antes el establecido cerca de la cabeza suprema del Imperio, donde además de los negocios interiores de la Iglesia se tenía cuenta también de los puramente políticos. Aunque el nuncio de Colonia era del todo independiente en su gran distrito del oeste de Alemania, sin embargo todos sus negocios pasaban por las manos del emperador y por tanto caían también bajo la jurisdicción del nuncio acreditado en la corte imperial, quien, fuera de eso atendía a los asuntos eclesiásticos de Bohemia, donde residía Rodolfo II, a los de Hungría y de los demás países austríacos, así como a los del sur de Alemania. En este concepto era el representante de la Santa Sede para todo el Imperio romano alemán (2).

Al tiempo de la elevación de Sixto V era poseedor de la nunciatura de Praga Germánico Malaspina, mientras que la nunciatura de Colonia era administrada por Juan Francisco Bonhómini, y la de Graz por Juan Andrés Caligari (3).

La complicada situación política del Imperio hubo de seguir causando también inquietud por lo que tocaba a la causa católica. Los buenos éxitos alcanzados en la guerra de Colonia fueron puestos

(1) Cf. la carta del cardenal Aldobrandini de 10 de enero de 1597, en las *Carte Strozzi*, I, 2, 268.

(2) V. Elises en la *Revista trimestral romana*, XIX, 96.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

en contingencia precisamente al principio del reinado de Sixto V por los partidarios del arzobispo Gebardo Truchsess, depuesto por su apostasía de la Iglesia, mientras al mismo tiempo importantes obispos del norte de Alemania corrían peligro de quedar enteramente perdidos para la Iglesia. Este estado de cosas demandaba la intervención tanto del nuncio de Colonia, como del que lo era en la corte imperial. A este último cabíale el papel directivo lo mismo en la conservación de lo que poseía la religión católica, como en los conatos para ejecutar una reforma católica en las partes del Imperio que habían permanecido fieles a la Iglesia. En este respecto había aún muchísimo que hacer, a pesar del especial cuidado con que había atendido Gregorio XIII a las cosas de Alemania. Profundos daños morales mostrábanse en todas partes; las leyes tridentinas de reforma habían penetrado poco todavía, y en muchos sitios ni siquiera se habían publicado los decretos conciliares (1). Sólo prelados aislados, como sobre todo el enérgico Julio Echter de Wurzburg, eran enteramente fieles a los deberes que les incumbían. Incansablemente trabajaba este insigne varón por la reforma del clero, así como por la reducción de sus súbditos de Franconia a la antigua fe. Pero a muchos otros obispos les faltaba el celo necesario. Así Sixto V luego en sus primeros años de reinado hubo de dirigir cartas de reprensión a los prelados de Espira y Estrasburgo, porque no cumplían su obligación de mantener la disciplina entre el clero, principalmente respecto de la extirpación del concubinato (2).

El estado de la corte imperial no era nada favorable al buen éxito de los conatos de reforma católica. El emperador Rodolfo II tenía ciertamente buena voluntad de salir en defensa de la conservación de la religión católica en sus países hereditarios y en el Imperio, pero le faltaba valor y resolución; también era ya huraño y estaba oprimido de grave falta de dinero, de modo que las más de las veces dejaba que siguiesen su curso las cosas (3). Su actividad en favor de los católicos era también entorpecida, porque tenía muchas veces tirantez de relaciones con Felipe II (4), mientras que

(1) V. Reichenberger, I, xvi s.

(2) V. Ehses-Meister, I, 81 s. En cambio el obispo de Wurzburg era honrado con breves laudatorios y el cabildo exhortado a apoyarle. Reichenberger, I, 300 s.

(3) V. Janssen-Pastor, V, 82. Cf. Hübner, I, 454.

(4) Cf. Bezold, Rodolfo II y la Liga santa, en las Disertaciones de la Academia de Munich, sección hist., XVII, 356 s.

los poderosos electores protestantes de Sajonia y Brandeburgo ejercían en él grande influencia. Los esfuerzos de Malaspina por que en esto se hiciese mudanza, fueron infructuosos (1).

Fatal era también el que los que rodeaban al emperador se retrajesen de todas las disposiciones decisivas. Del vicedecano Vieheuser se tenía en Roma la persuasión de que era enteramente adverso a la Santa Sede (2). La verdad era que en muchos sitios de los países hereditarios imperiales se toleraba el culto protestante, mientras los príncipes protestantes del Imperio, sin excepción, no permitían en su territorio a los católicos ningún ejercicio de religión. Varias veces en las comisiones imperiales se empleaban junto con católicos también protestantes, lo cual traía consigo un notable perjuicio de los intereses católicos.

El Imperio romano alemán pareció a Malaspina, semejante a un grande edificio que estaba próximo a derrumbarse (3). Para precaver su completa ruina instaba a que además de mantener buenas relaciones con la Santa Sede, ante todo se resistiese decididamente al movimiento protestante de libre elección de religión, el cual tenía por fin suprimir el *Reservatum ecclesiasticum* y reconocer como estatuto del Imperio la declaración de Fernando I tocante al libre ejercicio de la religión de los súbditos de los Estados eclesiásticos (4).

Malaspina vió claramente como un gran mal, que debería ser alejado, que tanto en Austria como en el Imperio estuviese muy descuidada la educación de la nobleza. Como casi sólo nobles eran admitidos a los obispos, dependía de su educación la calidad de los prelados eclesiásticos. Con razón reprendía Malaspina el que, mientras los herejes hacían grandes esfuerzos para ganar a la nobleza, no se pensase en la Alemania católica en educar a ésta como era debido científica y moralmente (5).

Malaspina no tan sólo lamentaba la debilidad del emperador contra los luteranos, sino todavía más la misma conducta respecto de los calvinistas mucho más radicales, cuya audacia era fomentada

(1) V. la relación de Malaspina de 15 de octubre de 1585, en Reichenberger, I, 182 s.

(2) V. Bezold, loco cit., 362, nota 1.

(3) Un grand edificio minacciant d'ogni parte rovina. Información de Malaspina para Sixto V, en Reichenberger, I, 211.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(5) V. la Información de Malaspina para Sixto V, loco cit., 213.

por el conde palatino Juan Casimiro. Felizmente las instancias de este príncipe en apoyar a los hugonotes tropezaron con la resistencia de Sajonia, aun después que allí en febrero de 1586 había reemplazado al elector Augusto su hijo Cristián I (1). Aunque también los demás príncipes protestantes se retrajeron, Juan Casimiro llevó al cabo la expedición de un ejército de soldados mercenarios a Francia, la cual ciertamente debía tener un éxito lastimoso (2).

Mucho más que del emperador había de esperar la causa católica de los archiduques Ernesto y Fernando de sentimientos rigurosamente eclesiásticos. El primero continuaba trabajando en el sentido de la restauración y reforma católica en Austria, que administraba en nombre del emperador, apoyado por Klesl, vicario general del obispo de Passau para el Austria inferior, y el jesuita Guillermo Scherer. En algunas comarcas, como en el condado de Hauseck, se efectuaba sin dificultad la conversión de los habitantes a la fe católica (3). En otros sitios al contrario oponían los novadores tan vio-

(1) Muchos católicos sintieron la muerte del príncipe elector Augusto (cf. la *Lettera del Sig. Giov. Cobenzl a Msgr. di Bertinoro [Caligari], fechada en Worms a 14 de abril de 1586, en el Cód. N. 19 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*). Con el fallecimiento de Augusto (21 de febrero de 1586) extinguióse también la pequeña esperanza de reducir a este príncipe a la Iglesia católica, que había renacido en el otoño de 1585 después de la muerte de su esposa y sido fomentada con calor por Sixto V; v. Ehses-Meister, I, LXXII s., donde en la p. 271 s. está publicado entero el Discurso de Minucio Minucci sopra le cose del duca di Sassonia, de 25 de noviembre de 1585, el cual desde entonces también se ha impreso en los Documentos para la hist. eclesiástica de Sajonia, X (1895), 295 s. Fuera de esto v. Bezold en las *Gött. Gel. Anz.*, 1897, núm. 4, p. 319 s. Cf. *ibid.*, 1900, núm. 7, p. 555 s. sobre la embajada a Italia, que pretendía fines relativos al electorado de Sajonia y antiespañoles. Según Bezold esta embajada no llegó a Roma, como se había esperado, sino que a la falsa noticia de un cambio de la política pontificia en favor de Felipe II desde Florencia se volvió a Alemania. Con todo, según la *relación de Badoer de 21 de julio de 1590 (*Archivo público de Venecia*), un mensajero sajón llegó a Roma, donde Sixto V le declaró que sólo negociaría con él sobre una vuelta de Sajonia a la Iglesia, pero no sobre otras cosas. Cf. todavía Bezold en las Relaciones de sesiones de la Acad. de Munich, sección hist., 1882, II, 158.

(2) V. Janssen-Pastor, V, 86 s. Un estudiante de la Sorbona de París compuso *Canticum in equitum peditumque Germanorum aciem eorumque repetitam cladem 1587, que se halla en el Cód. Barb., LX, 31, p. 83, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. G. Scherer, Ursachen d. Bekehrung der Herrschaft Ober und Nide-Hausseck im Ertzhertzogthumb Oesterreich vnnder der Enss / so vom Luthertumb / darinnen sie vber 26 Jahr leider gesteckt / widerumb zum vhralten allein-seligmachenden Cathol. Glauben... gebracht worden, Ingolstadt, 1586. Cf. Duhr, I, 802.

lenta resistencia, que había de emplearse la fuerza (1). Esto no fué necesario en el Tirol, donde el archiduque Fernando pretendía con celo el mismo fin (2). Las dificultades procedían aquí más del descuido del clero católico, en el cual sólo lentamente podía conseguirse una transformación interior. Ofrecía una compensación la actividad incansable de los jesuitas como predicadores, maestros de religión, educadores y confesores. Con todo para daño de la causa católica presentóse como adversario de la Compañía de Jesús un varón por otra parte muy benemérito, el franciscano Juan Nas; enfriáronse también las relaciones de Fernando con los jesuitas, a lo que contribuyó su tirantez de relaciones con Baviera (3), cuyo duque Guillermo V era considerado con razón como el más firme apoyo de la Iglesia en Alemania.

Guillermo V no sólo mantuvo rigurosamente en la antigua Iglesia a sus propios vasallos (4), sino también instó con el emperador y los príncipes católicos a ajustar una alianza defensiva de los Estados católicos que debía oponer un dique al deseo de acometer de los protestantes. Sin embargo a tales planes hizo resistencia la envidia del emperador; como también los electores de Maguncia y Tréveris se retrajeron llenos de temor, las negociaciones no pasaron más allá de conferencias preparatorias (5). El vicedanciller imperial Vieheuser declaró abiertamente al duque de Baviera, que Rodolfo II nunca entraría en una alianza defensiva de todos los católicos. Quejóse Guillermo al arzobispo de Salzburgo, que entre los consejeros imperiales reinaba siempre la mayor desunión, que uno odiaba al otro, que algunos personalmente no eran desafectos a las novedades

(1) V. Wiedemann, III, 73 s., IV, 198 s. Cf. Huber, IV, 294 s.; Duhr, I, 803; Bibl en las Comunicaciones del Instit. austr., suplemento, tomo VI, 589 s. y en el Anuario de geografía del Austria inferior, nueva serie, VIII (1909), 151 s.

(2) Según la *relación de Sporeno de 10 de agosto de 1585, alabó Sixto V la celosa labor de Fernando contra los herejes. *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(3) V. especialmente Hirn, I, 160 s., 210 s. y Duhr, I, 841. Huber (IV, 314, nota 3) con su tendencia que no se puede desconocer de presentar los buenos éxitos de la restauración católica como puramente exteriores, se deja inducir a utilizar como demostración de ello una circunstancia que atestigua precisamente lo contrario: el gran número de los que se confesaban y comulgaban citado por los jesuitas. Que éstos en su actividad de la dirección de las almas de ninguna manera se contentaban con apariencias exteriores, muéstralo Duhr de un modo convincente (I, 495).

(4) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(5) V. Ritter, II, 12 s., 15.

religiosas, pero que los mejor intencionados tenían un miedo extremado. Que aun en la casa imperial faltaba unión, que los archiducos contendían entre sí sobre la sucesión en el imperio (1).

La impotencia de Rodolfo II mostróse claramente cuando dos partidarios de Gebardo Truchsess, el conde de Neuenahr y el coronel Martín Schenk de Niedeggen, apoyados por los Estados generales de los Países Bajos, abrieron una campaña de exterminio contra el arzobispado de Colonia y el obispado de Münster. Después que Neuenahr hubo logrado el 9 de mayo de 1585 apoderarse de un punto tan importante como era la ciudad fuerte de Neuss, el elector Ernesto de Colonia invocó el auxilio del Imperio; pero Rodolfo II observó una reserva medrosa por consideración a los protestantes, especialmente al elector de Sajonia (2). Tampoco Sixto V, que estaba enojado con el elector Ernesto por su conducta poco sacerdotal, otorgó el subsidio pedido, pero intercedió con Felipe II y con su gobernador de los Países Bajos, el duque Alejandro Farnesio. Malaspina y Bonhómini trabajaron con buen éxito en la misma dirección (3).

Malaspina ya no era nuncio cuando en 26 de julio de 1586 lograron los españoles reconquistar a Neuss (4). En cambio tuvo la satisfacción de que todavía mientras administraba su cargo, varios importantes obispados se proveyesen con varones de la restauración católica y con esto se conservasen para la Iglesia.

Poco después de la elección de Sixto V había muerto muy inesperadamente a consecuencia de una caída del caballo Enrique

(1) V. Janssen-Pastor, V, 82. Cf. Hübner, I, 451 s.

(2) V. Reichenberger, I, xxviii. Sobre la importancia de Neuss v. Ehses-Meister, I, 77 s., 82 s.

(3) V. Reichenberger, I, 101 s.; Ehses-Meister, I, 80, 86, 201 ss.; Hübner, II, 22 s. Cuán infundada es la afirmación de Ranke (Los Papas, II³, 78), repetida por Stieve (Politik I 330), de que Sixto V «se había guardado de hacer notar a Ernesto que tenía noticia de sus desórdenes», se ve claro por las severas expresiones del cardenal secretario de Estado Azzolini a Bonhómini de 4 de julio de 1586, en Ehses-Meister, V, 203.

(4) La noticia llegó a Roma el 20 de agosto. El Papa se alegró grandemente y la comunicó al punto a los que le rodeaban; al día siguiente se trasladó con veinte cardenales para dar gracias a Santiago de los Españoles y a Santa María del Anima, donde se cantó un *tedéum* (cf. Schmidlin, 435 s.). El breve gratulatorio a Alejandro Farnesio en Ehses-Meister, I, 209 s. El 1.º de agosto se había efectuado la entrega del sombrero y espada bendecidos al victorioso general; v. Lossen, II, 628. Cf. también *Vita Sixti V ips. manu emend., *Archivo secreto pontificio*.

de Sajonia-Lauenburgo, que sin confirmación pontificia poseía el obispado de Brema y los obispados de Osnabrück y Paderborn. Este poderoso príncipe ya en 1575, cuando todavía fingía ser católico ante el Papa, había contraído matrimonio con el mayor secreto. Cuando el rumor de esto llegó finalmente también a Roma, desde allí se indicó al nuncio imperial, que caso que el hecho fuese verdad, había de procederse contra este arzobispo, que manifiestamente quería andar por los caminos de Gebardo Truchsess (1). Esto fué ahora superfluo. Tanto más necesario parecía que se tuviese cuidado de los obispados vacantes, para lo cual Malaspina y Bonhómini dieron al punto pasos apropiados (2).

Una consecuencia mediata de la muerte de Enrique de Sajonia-Lauenburgo fué la provisión católica del obispado de Münster. Desde hacía tiempo la pretendía el elector Ernesto de Colonia, apoyado muy arduosamente por Malaspina. Su principal adversario era Enrique de Sajonia-Lauenburgo. Como ahora ya no eran de temer sus intrigas, efectuóse ya el 18 de mayo de 1585 la unánime elección del elector de Colonia para obispo de Münster. La capitulación electoral obligaba al nuevo prelado a promover la religión católica y a luchar contra todas las sectas y novedades sediciosas del obispado de Münster (3).

El excelente prelado que había conseguido la elección del elector de Colonia, fué el deán Godofredo de Raesfeld, que trabajaba sin descanso por el restablecimiento de la Iglesia católica en Münster (4). Antes de su muerte acaecida en 28 de octubre de 1586 legó Raesfeld 30 000 escudos para la erección de un colegio de jesuitas en la antigua capital de Vestfalia. Las negociaciones sobre esto se prolongaron dos años: hasta el otoño de 1588 no quedó arreglado el negocio; los jesuitas recibieron la iglesia de San Nicolás y la dirección de la antigua escuela episcopal, el llamado Gimnasio Paulino. Su posición fué al principio muy espinosa. En la burguesía como en el cabildo, en parte de ideas protestantes, tuvieron acerbos enemigos. También el clero indisciplinado se mostró enteramente adverso a la corrección moral que era de esperar de los nuevos religiosos. Pero el nuevo rector, Pedro Michael apellidado Brillmacher,

(1) V. Reichenberger, I, xxi; Ehses-Meister, I, 80, nota 4.

(2) V. Reichenberger, I, 100, 104; Ehses-Meister, I, XLVIII s.

(3) V. Keller, I, 342; Lossen, II, 596 s.

(4) Cf. H. Degering, G. de Raesfeld, Münster, 1906.

natural de Colonia, que ya antes había desplegado muchas veces, especialmente en la corte del duque de Cléveris, una actividad sumamente beneficiosa, supo vencer todas las dificultades. Su cuidado principal iba dirigido al Gimnasio Paulino. El número de los estudiantes de este establecimiento subió de 300 a 700 a pesar de la peste, y después de tres años a 1000. Para el desenvolvimiento del gimnasio fué de grande importancia el que el rector, enérgico a pesar de todos los impedimentos, ya pronto diese principio a la construcción de un nuevo edificio y una iglesia. También en otros ministerios trabajaba Pedro Michael incansablemente. Predicaba en la catedral y compuso una breve exposición de las verdades de la Iglesia católica y de las doctrinas controvertidas. El nuncio de Colonia se sirvió repetidas veces de este insigne varón para la ejecución de difíciles encargos (1).

El príncipe Ernesto, como príncipe bávaro de suyo muy bondadoso con la Compañía de Jesús, favorecióla también en Münster. Después que desde fines de 1588 hubo obtenido allí mayor participación en el gobierno, comenzaron a darse disposiciones para el restablecimiento de la religión católica. Para avivar este negocio presentóse Ernesto personalmente en Münster por febrero de 1590 y con el cabildo y los gobernadores fijó las líneas directivas para la ejecución de la restauración católica (2).

Poco después de la elección del elector de Colonia para obispo de Münster, también Paderborn, el segundo principado eclesiástico de Vestfalia, recibió el 5 de junio de 1585 un excelente prelado de sentimientos sinceramente católicos, en la persona del preboste Dietrich de Fürstenberg. El nuncio de Colonia, Bonhómini, había contribuido a este feliz resultado (3).

La situación eclesiástica del obispado de Paderborn era aún más triste que la de Münster. Las novedades religiosas habían hecho presa poderosamente en la soberbia nobleza de provincias, en la población urbana y en la rural, mientras que una parte del clero estaba desmoralizada y era rebelde a toda disciplina. Para

(1) V. Sacchini, V, 8, n. 83-91; Reiffenberg, I; Sökeland, Noticias históricas sobre el gimnasio de Münster (1821), 60 s.; Keller, II, 268 ss., 276 s.; Duhr, I, 144 s., 149 s. Ibid., 640 s. sobre la iglesia de los jesuitas de San Pedro de Münster, notable por su construcción, estilo y estética.

(2) Daránse más pormenores sobre esto en el vol. XXIII, cap. VI.

(3) V. Keller, I, 558, II, 421 s.; Lossen, II, 594 s.; Ehses-Meister, I, XLIX, 81, 95 s., 100 s.

cambiar este estado de cosas, se requería extraordinaria energía, pero también gran prudencia. Entrambas las poseía Dietrich de Fürstenberg en alto grado. Con qué cautela y fría reflexión procedió, muéstralo la reserva que guardó al principio respecto de los jesuitas, en los cuales halló más tarde sus mejores auxiliares. Durante la sede vacante, en 1.º de mayo de 1585, habíase confiado a éstos el gimnasio de Paderborn. El número de los estudiantes, que llegaba a 140, a fines de este año había ya subido a 300, y en 1586 a 400. Pero luego sobrevino un retroceso: en 1590 el número de estudiantes había bajado a 268. Estaba esto relacionado con la agitación de los adversarios, entre los cuales se señalaba por su furor contra las «negras zorras con piel de oveja» el párroco de la iglesia de San Martín, Tunneken, que a pesar del juramento prestado había apostatado de la antigua fe. «Es un grande y áspero trabajo, lámentase el analista del colegio de Paderborn el año 1589, sembrar en este campo de Paderborn, sea por la aridez del suelo, sea porque la semilla es ahogada por las espinas.» Se había llegado entonces a tal punto, que hasta entre el escaso número de los católicos sólo pocos querían ser tenidos por amigos de los jesuitas, y aun éstos tenían miedo de presentarse como tales. A qué minoría habían bajado los católicos, se ve claro por el dato de que en 1588 en Paderborn sólo 750 personas iban a recibir los santos sacramentos y en este número estaban incluidos los alumnos de los jesuitas. Necesitábase todavía un duro trabajo de largos años hasta que mejorase el estado de cosas. La decisiva mudanza se produjo más tarde por la energía de Dietrich de Fürstenberg, que estaba en plena virilidad (1).

Dietrich de Fürstenberg al principio había tenido también en Osnabrück muchas probabilidades de ser elegido. Con todo fué preferido al fin en 20 de julio de 1585 el deán Guillermo de Schenking. La pronta muerte de este prelado, a quien Bonhómini alaba como al miembro más católico del cabildo, fué una pérdida tanto mayor, cuanto el partido antirromano logró el 25 de octubre de 1585 dar al difunto un sucesor en la persona del conde Bernardo de Waldeck, cuyas ideas religiosas eran dudosas. Para conseguir la confirmación pontificia Bernardo pronunció la profesión de fe tridentina, pero ya pronto se mostró que eran muy justificados los

(1) Cf. v. Löhner, Historia de la lucha por Paderborn, Berlín, 1874, 32 s.; Richter, Historia de los jesuitas de Paderborn, I, Paderborn, 1892, 4, 16 s., 21 s., 27 s., 29 s.; Schmidlin, 579 s.; Duhr, I, 140 s.

temores que tenía Bonhómini a causa de la conducta del conde (1).

Como el cabildo de Brema estaba todo proveído en calvinistas, no podía contarse de antemano con un buen éxito en el sentido católico. En las circunstancias de entonces Bonhómini ya estaba contento con que se hubiese elegido para sucesor del arzobispo Enrique un miembro de la casa de Holstein-Gottorp, la cual estaba en armonía con el rey de España y su gobernador de los Países Bajos, el joven duque Juan Adolfo, que a la verdad era protestante, pero tenido por probo y amante de la paz. La obligación de procurar para su hijo la confirmación pontificia fué reconocida por el duque Adolfo de Holstein; por eso se dirigió a Guillermo de Baviera pidiéndole su mediación. De Roma se respondió a éste, que moviese al duque de Holstein a enviar a su hijo primero a Ingolstadio y después a Roma. Este plan ciertamente no prosperó, y Brema quedó perdida para la Iglesia (2).

El año 1585 con la muerte de Martín de Gerstmann había traído todavía la vacante de otro obispado, la gran diócesis de Breslau. La nueva provisión significó aquí igualmente un decidido triunfo de la restauración católica. En 1.º de julio de 1585 fué elegido el preboste apoyado por Malaspina, Andrés de Jerin, el cual había recibido una excelente formación en el Colegio Germánico de Roma y se contaba entre los eclesiásticos más eminentes de la Alemania oriental (3). Las buenas esperanzas que el nuncio puso en él, cumpliéronse enteramente. Era Jerin modelo de todas las virtudes, y cuidaba celosísimamente de propagar la fe, de extirpar las herejías, así como de restablecer la disciplina eclesiástica y elevar el culto en su obispado (4). A pesar de los celosos trabajos de restauración de su predecesor reinaba allí todavía un estado de cosas muy peligroso. Jerin procuró ante todo preparar un porvenir mejor levantando la enseñanza católica. Tampoco él ciertamente consiguió la fundación de un colegio para los jesuitas llamados a Breslau por su prede-

(1) V. Ehses-Meister, I, 173 s.; Lossen, II, 595. Sobre Bernardo de Waldeck cf. A. Falkmann en el *Pickschen Monatschrift*, III, 273 s.

(2) V. Ehses-Meister, I, 81, 114; Lossen, II, 593; Schmidlin, 595.

(3) V. Reichenberger, I, 113, 122, 132, 135.

(4) Cf. Jungnitz, *Los germánicos de Breslau*, 10, 13, 15; Schmidlin, *Actividad de restauración de los príncipes obispos de Breslau*, 12 s., *Situación eclesiástica*, 533; Naegele, A. de Jerin, en *El católico*, XCI (1911), 23 ss., 110 ss., 280 ss., 358 ss. (tirada aparte ampliada, Maguncia, 1911).

cesor (1); en cambio amplió el seminario clerical de Neisse y erigió con fondos propios en la mencionada ciudad un colegio para jóvenes nobles, a fin de remediar la falta de altos funcionarios católicos. Por ello la Congregación del Concilio dió justamente los mayores plácemes a este celoso obispo (2).

Mientras Malaspina veía establecerse la restauración católica en Breslau, Münster y Paderborn, hubo de averiguar con amargura que sus afanes por conservar los obispados de Halberstadt y Lübeck no prometían ningún resultado. Fuera de esto demandaban aún la atención del nuncio las luchas religiosas que había en Estrasburgo, Aquisgrán y Augsburgo, así como la desagradable contienda sobre la soberanía, que no había aún terminado, entre el príncipe obispo de Wurzburg y el príncipe abad de Fulda. Con certera mirada conoció Malaspina en sus conatos para promover la reforma católica en las partes del Imperio que permanecían aún fieles a la Iglesia, que ante todo había de remediarse la falta extraordinariamente grande de sacerdotes. Por eso llamó la atención de Sixto V de un modo especial sobre el auxilio que se había de prestar a los seminarios pontificios, lo cual era tanto más necesario, cuanto éstos en la curia se hacían sospechosos. Sin embargo, como los alumnos de estos establecimientos no eran suficientes, recomendó Malaspina la formación de jóvenes nobles en Roma, la erección de nuevas casas de educación para las Ordenes regulares y la ampliación de los *Seminaria Pauperum* para la provisión de las parroquias rurales (3).

Muy especialmente ocupaba a Malaspina, como era natural, la complicada situación de Bohemia, donde hacían progresos las novedades religiosas. El nuncio no pudo conseguir la ejecución del edicto publicado en 1584 contra los picardos de allí; en cambio logró a principios de mayo de 1585 ganar al monarca para una visita general del estado de las cosas eclesiásticas en Bohemia, a la que se debía juntar otra para los demás países de los Habsburgos. Sin embargo con su celo bien intencionado aceptó un decreto imperial que él mismo conocía muy bien cuán poco conforme era a las prescripciones eclesiásticas. No es maravilla, que en Roma el proceder de Malaspina se recibiese de un modo desfavorable. Un dictamen allí exten-

(1) V. Jungnitz, *Gerstmann*, 210, 285 s.; *Revista para la historia de Silesia*, XVIII, 68 s.; Duhr, I, 170 s.

(2) V. Schmidlin, *Situación eclesiástica*, 534 s.; Naegele, loco cit., 122 s.

(3) V. Reichenberger, I, xxxi, 116 s., 148.